

Entretanto, el buque vuela, el Támesis se ensancha, los bosques de palos semejan finas cañas en el horizonte ligeramente dorado por el sol Poniente, pero aún se suceden los *docks* á los *docks*, las dársenas á las dársenas, los almacenes á los almacenes, los arsenales á los arsenales. Londres, la gran Londres, está siempre allí; Londres nos sigue todavía, á las cuatro horas de navegación, á la derecha, á la izquierda, delante, hasta donde alcanza la vista, y se ve todavía con mezcla de duda y de temor la ciudad monstruosa que sin cesar trabaja y adelanta.



PARÍS



PARÍS

EL PRIMER DÍA

París, 28 de Junio de 1878.

HÉME aquí preso de nuevo en esta inmensa red dorada, donde hay que caer, quiérase ó no. La primera vez permaneci cuatro días luchando desesperadamente, y bendije el día que salí. Pero ahora que vuelvo tranquilo, comprendo que yo tenia toda la culpa; porque ¡desgraciado el que llega á París sin objeto seguro, demasiado joven, con la cabeza llena y los bolsillas vacíos! Ahora veo á París con serenidad y acompañado de un amigo que me hace sentir de nuevo las impresiones de la vez primera.

Veamos las del primer día tal y como las puede describir una cabeza fatigada, y una pluma prestada en el hotel.

Antes de ser conducido á la Exposición,

precisa que el lector penetre con nosotros en París, echando una ojeada al patio previamente, y sin que se hayan vuelto los ojos al escenario del teatro, como si dijéramos.

Echamos pie á tierra en la estación de Lyon á las ocho de la mañana, con un tiempo magnífico, é inmediatamente nos encontramos perplejos. Habíamos leído en los periódicos que los cocheros parisienses llevaban sus pretensiones hasta el punto de no querer conducir á las gentes de cierta facha, é hice notar á Giacosa que nosotros dos nos encontrábamos precisamente en las circunstancias más propicias para provocar y justificar una desdeñosa negativa del más cortés de los cocheros.

Él se quedó avergonzado y yo lo mismo. Por casualidad, llevábamos unos gabanes que nos hacían parecer más gruesos. ¿Qué hacer? No tuvimos más remedio que intentar producir efecto aproximándonos á un fiacre, á paso de baile, y dirigir la palabra al cochero con voz de falsete.

El éxito coronó nuestra tentativa; el cochero nos echó una mirada intranquila, pero nos dejó subir al vehículo y se dirigió rápidamente hacia los *bulevares*.

Nosotros debíamos ir al *bulevar* de los Italianos, es decir, al centro de París, pasando por las calles más hermosas.

* * *

La primera impresión es agradable.

Al ver la gran plaza irregular de la Bastilla, animada y tumultuosa, en la que desembocan cuatro *bulevares* y diez calles, se escucha el sordo murmullo que viene del extenso faubourg Saint-Antoine. Pero todavía estábamos abrumados por la impresión de la lúgubre estación en que nos habíamos apeado, molidos y soñolientos, y aquel vasto espacio lleno de luz, aquellos mil colores que distinguíamos, la gran columna de Julio, los árboles, y el rápido vaivén de los carruajes y las gentes, pasan ante nosotros casi inadvertidos. Este es el primer hálito turbulento y ruidoso de la vida de París, y se recibe cerrando á medias los ojos.

No se comienza á ver clara y distintamente hasta llegar al *bulevar* Beaumarchais.

* * *

Aquí empieza á aparecer París. La ancha calle, la doble hilera de árboles, las casas alegres, todo es nítido y fresco y tiene aspecto de joven. Se conocen á primera vista mil refinamientos de comodidad y elegancia, que revelan un pueblo lleno de necesidades y de caprichos, para el que lo superfluo es más indispensable que lo necesario, y que con ingenioso arte goza de la vida.

El establecimiento de bebidas enseña sus vasos y sus mostradores resplandecientes; el café pequeño está lleno de pretensiones; el traficante al menudeo imita á los grandes *restaurants*, y mil pequeñas tiendas rivalizan en colores, en muestras, en inscripciones, en maniqués, en adornos y en joyas. Entre las dos filas de árboles hay un sinnúmero de coches, carretones movidos por vapor y ómnibus altísimos, cargados de viajeros, que ruedan botando sobre el desigual piso con ensordecedor estrépito. Pero este movimiento es muy diferente del de Londres. El espacio abierto y verdeante, las caras, las voces, los colores, dan á esta confusión el aspecto de diversión más que de trabajo, y además la población no es nueva para nosotros. Todas las caras

son conocidas y nos hacen sonreír. Éste es *Gervasio* que está en el dintel de su tienda con el hierro en la mano; aquél es *monsieur Joyeuse* que va á su oficina soñando en una gratificación; el otro es *Pipelet* que lee la *Gaceta*; éste es *Federico* que pasa por debajo de la ventana de *Bernerette*; aquélla es la costurera de Murger; la otra es la tendera de Paul de Kock; éste es el *pilluelo* de Victor Hugo; ése es el *Prudhomme* de Enrique Monnier; uno es el *hombre de negocios* de Balzac; aquel otro es el obrero de Zola. Ahí están todos. ¡Cómo se conoce que, aun á cien leguas, vivíamos en la inmensa ciudad de París! Son las ocho y media, y el día de la gran ciudad (día de París que es un mes para el viajero) ha dado ya principio caliente y ruidoso como una batalla. Por entre el ruido de la calle se oye la voz profunda de los inmensos barrios ocultos, á la manera que se oye el mugido del mar que se estrella en la costa. Apenas se sale del *bulevar* Beaumarchais, y no bien se llega al de Filles du Calvaire, cuando ya se adivina, se siente, é iba á decir se respira la inmensidad de París, y se piensa con estupor en aquellas pequeñas, silenciosas y solitarias ciudades de

donde se acaba de salir, que se llaman Turín, Milán ó Florencia, donde cada cual está á su puerta ó en su tienda, y se vive como en familia. Ayer bogábamos sobre una laguna, hoy navegamos en un Océano.

* * *

Hemos caminado poco más de una milla, y estamos en el *bulevar del Temple*. Aquí la ancha calle se espacia aún más, las casas son más altas y las calles laterales se alargan. La majestad de París comienza á aparecer. Según se avanza, todo se hermosea y se engrandece. Comienzan á desfilir los teatros: el Circo, el Lírico, la *Gaité*, el de *Folies*; los cafés elegantes, los grandes almacenes y los restaurants de príncipes, y la multitud toma un aspecto más genuinamente parisiense.

El movimiento es bastante más considerable que de ordinario. Nuestro carruaje se ve obligado á detenerse á cada momento, esperando que se ponga en marcha la larga fila que le precede. Los ómnibus de toda suerte de figuras, que tienen el aspecto de casas ambulantes, parecen perseguirse. La gente cruza corriendo en todas

direcciones, como si jugase á la pelota, de un lado á otro de la calle; y por las dos aceras pasan dos procesiones jamás interrumpidas.

Ya estamos en el *bulevar Saint-Martin*, que es un paso más en el camino de la elegancia y la grandeza. Los kioskos son más numerosos, las tiendas más ricas, más ostentosos los cafés. Los balcones de las casas están cubiertos de inscripciones formadas por grandes letras doradas que dan á cada fachada el aspecto de una portada de gigantesco libro. Los frontispicios de los teatros, los pórticos de los pasajes y los restaurants que se abren hacia la calle, semejantes á pequeños templos ó á teatros resplandecientes de espejos, se suceden sin interrupción, unidos unos á otros como una sola tienda sin fin.

Mil reclamos sorprendentes, caprichosos y charlatanescos, surgen, se columpian y se levantan en todas partes, se ven á través de los árboles que extienden sus ramas sobre los kioskos, en los bancos de las aceras y en las pequeñas estaciones de ómnibus, sobre las fuentes, en las mesas exteriores de los cafés y en las escaleras de los teatros.

Ahora viene el *bulevar* de Saint-Denis. La gran calle se deprime, se alza, se quiebra, recibe de los barrios populosos una turba de caballos y de personas, se extiende adelante hasta que se pierde de vista, semejante á un hormiguero de carruajes, negra por la multitud, y dividida en tres partes por dos enormes líneas de verdor que la llenan de frescura y de sombra.

Hace ya tres cuartos de hora que caminamos al paso, serpenteando y costeano interminables hileras de carruajes que traen á la imaginación la idea de fabuloso cortejo de boda ocupando á París de uno á otro extremo.

Hemos llegado al *bulevar* Bonne Nouvelle; aquí el hormiguero de gentes, el murmullo y el estrépito aumentan, como también aumenta el lujo de los grandes almacenes, que lucen sobre la calle sus enormes vidrieras, y crece asimismo la audacia de los reclamos que suben de los primeros á los segundos y á los terceros pisos, á las cornisas y á los techos.

Los almacenes tórnanse salones, las mercancías preciosas están amontonadas y las paredes de las casas desaparecen bajo un decorado de esmalte pueril y magni-

fico que seduce y fatiga la vista. Esto no es ya una calle, es una sucesión de plazas; una sola plaza inmensa, preparada para una fiesta, donde se revuelve y se agita inmensa muchedumbre con azogue en las venas. La vista penetra hasta las últimas salas de las opulentas tiendas, en los lejanos mostradores de los cafés blancos y dorados, en los entresuelos de los grandes restaurants, y cada vez que cambia de dirección, divisa mil bellezas, mil cosas sorprendentes, mil pomposas nimiedades, una infinita variedad de tesoros, de juguetes, de obras de arte, de tentaciones de toda especie, de las que nadie puede librarse sino dirigiéndose al otro lado de la calle ó distrayéndose en la contemplación de las dos interminables filas de pequeños kioscos pintados de cuadros con todos los colores del arlequín, cubiertos de inscripciones y dibujos grotescos y tapizados de periódicos de todas clases y de todos los países, que dan al vasto *bulevar* la apariencia de una feria de carnaval literario.

En este tiempo se pasa del *bulevar* Bonne Nouvelle al Poissonnière, y el espectáculo se hace más y más variado, extenso y rico. Hemos recorrido ya una distancia de

cuatro kilómetros, experimentando á cada paso un nuevo sentimiento, que no es sólo la admiración, sino un confuso descontento, una pena mezclada de deseos, la amargura del joven que se ve humillado á su primer ingreso en el mundo, una especie de sorpresa del amor propio, que se manifiesta en las miradas tristes y vergonzosas que lanzamos á nuestro mezquino equipaje, instalado sobre el carruaje, en medio de este insolente lujo.

*
* *

Por fin llegamos al *bulevar Montmartre*, al que siguen el de los *Italianos*, el de *Capucines* y el de la *Magdalena*.

¡Ah! Aquí está el corazón ardiente de París, la gran Vía Máxima de los triunfos mundanos, el gran teatro de las ambiciones y del libertinaje célebres, donde afluyen el oro, el vicio y la locura de los cuatro ángulos de la tierra.

Aquí está la pompa suprema; esta es la metrópoli de las metrópolis; el sitio regio, siempre abierto, al que todo afluye. Aquí la calle se convierte en plaza, la acera en calle, las tiendas parecen museos, los cafés teatros, la elegancia es fausto, el brillo es-

plendor y la vida fiebre. Los caballos pasan por escuadrones y la multitud por torrentes. Los cristales, las muestras, las puertas y las fachadas, aumentan y toman grandes proporciones; todo está dorado, plateado, iluminado. Es un lujo de fausto y ostentación que raya en locura. Encuéntanse reunidos el aseo holandés, la amenidad de un jardín y la variedad infinita de colores de un bazar orientál. Podría decirse que se encuentra uno en la inmensa sala de enorme museo, donde están apiñados con asombrosa profusión, á la vez que en disposición encantadora, oro, perlas, flores, cristales, cuadros, obras maestras de la industria, encantos de las artes, galas de la riqueza y todos los caprichos de la moda. Los gigantescos cristales, los innumerables espejos y los revestimientos de brillante madera que llegan á la mitad de la altura de las casas, lo reflejan todo, y los grandes letreros dorados se extienden á lo largo de los relieves de las fachadas como los versículos del Corán en las paredes de las mezquitas. La vista no encuentra en dónde descansar. En todas partes brillan nombres célebres en el reino de la moda y los placeres; títulos de restaurants famosos desde New-York

á San Petersburgo; hoteles de príncipes y de Cresos, y almacenes cuya puerta se abre con mano temblorosa. Doquiera reina un lujo aristocrático, provocativo y asombroso, que parece decir: derrocha, gasta y goza; y que al mismo tiempo excita y humilla los deseos.

Nada hay de monumental en esta belleza.

Es una magnificencia teatral y femenina, una excesiva majestad de aparato, llena de coquetería y vanidad, que desvanece y deslumbra como inmenso cabrilleo de puntos luminosos, y expresa exactamente la naturaleza del gran pueblo opulento y voluptuoso que trabaja por el placer y por la gloria. Experimentábase al contemplar este espectáculo cierta timidez. La multitud misma pasa con cierta gracia contenida como si se encontrase en un gran salón, girando sin ruido sobre el asfalto como sobre una alfombra; los comerciantes que permanecen detrás de sus escaparates colosales, con dignidad de grandes señores, como si no esperasen más que compradores millonarios; los mismos vendedores de periódicos de los kioskos tienen algo de aire literario. Se diría que comprenden la gran-

deza de la situación y procuran añadir con su propia persona una pincelada bien puesta en el gran cuadro de los *bulevares*.

¡Gran cuadro en verdad! Podemos acumular en nuestra imaginación todas las figuras que se encuentran esparcidas en nuestras más florecientes ciudades; pero jamás podremos llegar á representarnos aproximadamente el espectáculo que ofrece este río viviente que corre sin detenerse entre dos interminables paredes de cristal, en medio de este verdor y de este oro, al lado de ruidoso torbellino de caballos y de ruedas, en esta anchísima calle que parece sin fin... ni tampoco se podrá formar idea exacta de la figura que hacían en medio de todo esto, nuestros pobres equipajes de literatos.



Apenas hubimos tomado aliento en el hotel, volvimos á los *bulevares*, delante del café *Riche*, atraídos sin conocerlo, como la mariposa por la luz, y ¡cosa extraña! me parecía que llevaba ya en París una semana. La multitud tenía diferente aspecto que de ordinario. Abundaban las figuras exóticas, los trajes de viaje, las familias de pro-

vincias fatigadas y atortoladas, los morenos rostros del Mediodía y las barbas y cabelle- ras rubias del Norte. En el puente de Constantinopla se ve desfilar todo el Oriente, y aquí todo el Occidente. De cuando en cuando se divisa una cara japonesa, un negro, un turbante ó un traje oriental, pero en seguida desaparecen ocultos entre la multitud de negros sombreros de copa.

Yo percibí numerosos miembros de la innumerable familia de los grandes hombres caídos que se reconocen á primera vista; caras extrañas, de aspecto descompuesto, con anteojos, gran cabellera que descansa en los hombros, vestidos de negro, grasientos y con un gran cartapacio debajo del brazo; soñadores de todos los países llegados á París en esta gran ocasión, en busca de un cambio de gloria ó de suerte, mediante una invención mecánica ó una obra maestra literaria.

París es el gran torrente donde se ahogan todas las glorias de media talla. En París se encuentran por docenas las celebridades de provincias ó las *ilustraciones* nacionales, y desaparecen todos los famosos personajes, aunque tengan antiguos blasones ó estén galoneados y condecora-

dos, ya sean principes ó duques ricachones. No se ven caras orgullosas, ni sonrisas de vanidad satisfecha. Son gotas del inagotable torrente, donde no sobrenadan más que los gigantes.

Se comprende lo formidable de los recursos que los ambiciosos de gloria tienen que emplear para elevarse sobre este *pandemonium* y la rabiosa obstinación con que los hombres se destrozan el cerebro buscando la palabra y el grito que haga volver las cien mil cabeza de esta maravillosa multitud. Gran goce se experimenta al encontrarse sobre esta tierra sembrada de ambiciones destrozadas y de glorias muertas, sobre las cuales se levantan otras ambiciones y se ensayan sin interrupción otras fuerzas; se goza al encontrarse aquí como en medio de una maquinaria vibrante y sonora, sintiéndose agregado, como una molécula viviente, al gran cuerpo á cuyo alrededor gira todo, respirando una bocanada de aire sobre esta torre de Babel, y asistiendo, desde un peldaño de esta escalera sin fin, á este trabajo inmenso, sostenidos por el dulce pensamiento de que se abandonará á los quince días.

Después caminamos dos horas en carruaje describiendo un gran zig-zag por la orilla derecha del Sena, para ver circular la vida en las arterias pequeñas de París.

Volvi á ver con placer vivísimo el verde y espléndido *bulevar* de Sebastopol y de Estrasburgo, que parece hecho para el desfile triunfal de un gran ejército, y la larga calle de Lafayette, en la que las dos negras filas de la gente que transita se pierden en lejano horizonte nebuloso; se diría que allí á lo lejos comienza otra gran capital.

Vuelvo á pasar por las inmensas calles que se llaman *bulevar* Haussmann, *bulevar* Magenta, *bulevar* Malesherbes y el *bulevar* del Príncipe Eugenio, que sondeo admirado con la vista, como si fuera un abismo, apretando el brazo de mi compañero. Vamos á la plaza del Arco de la Estrella, para ver distribuirse en todas direcciones, como radios de una rueda, las grandes calles que dividen en catorce hermosos barrios á la décima parte de París. Volvemos al centro de la villa y recorremos la intrincada red de callejuelas llenas de rumores y preñadas de recuerdos. A cada paso hay enrucijadas y revueltas que preparan las grandes perspectivas inesperadas de calles

monumentales, en cuyo fondo se destaca una imponente masa que domina la población como montaña de granito cincelado.

Por todas partes se ven hileras de carruajes cargados de equipajes, y figuras soñolientas y empolvadas que se asoman á las ventanillas para interrogar este caos; y en los alrededores de las estaciones, grupos de viajeros á pie, con la maleta en la mano, que se siguen como si se hubieran robado unos á otros.

No hay un momento de descanso ni para el oído, ni para los ojos, ni para el pensamiento.

Creeis poder beber tranquilos un sorbo de cerveza en un café casi vacío, ¡vana ilusión! el reclamo os persigue. El primero que pasa os desliza en la mano un poema que comienza por una invectiva contra la Internacional y termina invitándoos á comprar un gabán en casa del famoso sastre Armangan, y un momento después os encontráis con un soneto en que se promete una entrada para la Exposición á todo el que encargue un par de botas en la calle Rougemont. Si queréis apartar los ojos y los levantais, distinguis una gran carroza dorada con criados vestidos de librea que

ofrecen sombreros; mirais al fin de la calle, y á media milla de distancia hay un anuncio del *Petit Journal*, que dice en caracteres gigantescos: «¡Seiscientos mil ejemplares diarios! ¡Tres millones de lectores!» cuyo reclamo hace el efecto de un trompetazo en el oído. Alzais los ojos al cielo y no está tampoco libre, pues sobre el tejado más alto del barrio, se dibuja sobre el azul de la atmósfera en claras y altas letras de hierro el nombre de un artista de las nubes que se empeña en hacer vuestra fotografía. Convertís los ojos á la mesa y está dividida en multitud de cuadros pequeños impresos en color, anunciando pomadas y cosméticos. Volvéis la cabeza disgustados... ¡Ay infelices! tropezáis en el respaldo del asiento con el anuncio de un guantero. Ya no queda más recurso que mirarse los pies. ¡Pues ni aun así estais en paz! Debajo de vuestras plantas, en el asfalto, hay un anuncio recomendando una casa de huéspedes situada en la *Chaussée d'Antin*.

Andando durante una hora, se lee sin querer medio libro, ¡no hay remedio!

Esto es una interminable decoración gráfica, enorme, ilustrada por grotescas figuras de diablos y otros personajes de la

altura de las casas, que os asedia, os oprime y os hace maldecir del alfabeto.

El *Petit Journal*, por ejemplo, ocupa la mitad de París, y hay que comprarlo ó matarse; todo lo que tomáis en la mano, desde el billete del vapor del Sena, hasta la contraseña de la silla de un jardín público, todo está lleno de reclamos ocultos. Aun las paredes de aquellos kioskos donde sólo se entra por necesidad, hablan, ofrecen y recomiendan alguna cosa. En cada esquina hay mil bocas que os llaman y mil manos que os hacen señas; es una red que envuelve á todo París.

Todo esto es económico hasta el punto de creer que se ahorra algo cuando se está gastando hasta el último céntimo.

Pero, ¡qué variedad de objetos y de espectáculos! En el espacio de quince pasos se pueden ver una diadema de brillantes, un enorme ramo de camelias, un montón de tortugas vivas, muñecos, un traje completo, «que satisface al elegante más escrupuloso» por ocho francos cincuenta céntimos; un número del *Journal des abrutis* con un artículo sobre la exposición de vacas, un gabinete de experimentos fonográficos, y un vendedor que hace volar una nube de

mariposas de pluma para engañar á los bobos que pasan. A cada momento se ven cruzar por la derecha ó por la izquierda todas las figuras más eminentes de Francia.

No hay población igual á París en esta clase de exposiciones. Víctor Hugo, Emilio Augier, madame Judic, Littré, Coquelin, Dufaure y Daudet están en todas las esquinas. Por todas partes se ven caras amigas y ninguna impresión es verdaderamente nueva. No se ve á París por primera vez, sino que se le vuelve á ver. No nos recuerda ninguna población italiana, lo que sería extraño; es que encontramos en él todas nuestras reminiscencias de nuestra vida intelectual.

Cuando un amigo os dice: «Ésta es la casa de Gambetta, ésta la de Sardou, éstas ventanas son las de Dumas, éstas son las oficinas del *Figaro*,» le contestais con toda naturalidad: «Bien; ya lo sabia.» Así, reconociendo mil cosas y mil aspectos, seguimos circulando rápidamente por entre los cruces de coches, de donde no sabemos cómo salir, y á través de la compacta multitud que nos detiene de improviso, á la deliciosa sombra del parque de Monceaux, alrededor de las grandes y ligeras arcadas

de las *halles* (mercados) y delante de los inmensos almacenes de novedades donde están detenidos multitud de carruajes, vislumbrando de lejos tan pronto una parte del teatro de la Opera como la columnata de la Bolsa; ya un palacio incendiado por la *Commune*, ya la cúpula dorada de los Inválidos, diciéndose el uno al otro mil cosas, con la más viva expansión, sin pronunciar una palabra ni cambiar una mirada.

*
* *

Yo había oído decir que un extranjero en París apenas advertía la Exposición. Error. Todo conduce á ella el pensamiento. Los alrededores del Trocadero están representados en todas partes como si mil millares de espejos lo reflejasen, y la imagen del Campo de Marte se representa de cien maneras y de diferentes formas.

Toda la población está de acuerdo para que la fiesta sea completa. Hay un refinamiento universal en punto á cortesía y á urbanidad, del que todos participan. El último tendero tiene algo de la dignidad de un huésped, y en el semblante de cada pa-

risiense se lee la satisfacción de ser comparsa del teatro en que se ofrece al mundo tan grande espectáculo, y la conciencia de que es objeto de admiración; lo cual les hace ser verdaderamente admirables. La gran ciudad representa la coqueta, se empeña en contestar á todo el mundo, y, con efecto, provee á toda costa y á cada paso á todas las necesidades y todos los caprichos. Hay una verdadera fiebre por esta fiesta del trabajo. El trabajo, la paz, la gran fraternidad y la gran hospitalidad, son palabras que se oyen por todas partes. Bajo estas palabras, acaso (ó mejor, con seguridad) se oculta otro sentimiento, que es el amor propio, herido en otra gloria, consagrándose por completo á la gloria presente, para echar un velo sobre la primacía perdida en el pasado, que guardan con cariño en el fondo del alma.

Es prodigioso ver cómo esta ciudad, que un día parecía abrumada bajo el peso de las maldiciones de Dios, vuelve á estar después de siete años tan brillante, tan majestuosa y tan llena de vida, de oro y de gloria. Al llegar se experimenta una sensación inesperada. El viaje era para ver la Exposición como objeto y fin principal;

pero apenas se llega, es lo de menos: París que la hace, la deshace.

A decir verdad, se piensa que allá abajo, en un confin de la gran ciudad, hay un inmenso palacio improvisado que encierra innumerables maravillas; pero se piensa en él casi con disgusto, como un importuno que quiere impedir el disfrutar de París y apartarnos de él. El primer día me era odioso hasta las vistas del Trocadero. Así es que en el Campo de Marte, cuando estáis extasiados contemplando á una hermosa inglesa que trabaja, apenas os dignáis echar una mirada sobre la ingeniosa máquina que brilla.

*
* *

Por fin llegamos al Sena. ¡Qué grande y saludable ambiente!—¡Qué hermoso está siempre este gran camino azulado que huye, reflejando los alegres colores de sus mil casas flotantes, entre las dos altas orillas coronadas por colosos de piedra!—Delante y detrás de nosotros, los inmensos puentes confunden sus arcos de variadas formas, y las negras hileras de gente que se mueven detrás de sus parapetos; debajo,